

EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Año XVIII

15 de Noviembre de 1917

Núm. 416

Un Serafín de la Eucaristía



s para mí de grandísimo consuelo y alegría poder trazar cuatro rasgos del sublime y extático San Juan de la Cruz, porque su gloriosa vida, pródiga en actos sublimes y heroicos, me presta abundantísima materia para tratar muy largamente de sus trabajos y virtudes.

En él admiramos a una alma noble y señera que respondiendo a Dios, no a sorbillos, como dicen, sino con todas las fuerzas de su ardiente corazón, llegó a un estado tan alto y encumbrado que sólo es comparable al de los serafines que se abrasan y arden continuamente en el sacro fuego del divino amor.

Ese su noble corazón latía a impulsos de dos amores, tan grandes, tan ardentísimos, tan encendidos, que ellos eran los que movían todo su ser, todas las fuerzas, los movimientos todos de su vida: «La Cruz y la Eucaristía». La Cruz como ideal sublime a cuya imitación conformó todas sus acciones, mereciendo que pasara a la posteridad como acabado modelo de sus más amantes y enamorados. La Eucaristía como fuente perennial de gracias donde su alma gustaba anticipadamente de las delicias más grandes que el divino Prisionero prometiera a sus fieles servidores.

Largo fuera relatar el grande influjo que estos dos amores tuvieron en la vida del extático Doctor de Fontiveros, y los admirables efectos que de causas tan poderosas dimanaron, mas para no ser prolijo, he de fijarme solamente en el amor que a Jesús Sacramentado profesara pudiendo llamársele con la verdad más sincera «Serafín encendido de la Sagrada Eucaristía».

La vida de San Juan de la Cruz es un continuado prodigio de la Sagrada Eucaristía. Desde sus primeros años hasta sus últimos momentos, le contemplamos siempre rodeado de ese ambiente eucarístico que es de tanto consuelo para las almas consagradas a Dios. No hay paso en su vida que no brille por su ardentísimo amor a Jesús Sacramentado. El mismo Divino Redentor se había complacido en otorgarle, entre otros muchos y preclaros dones, este grandísimo de su devoción a la Sagrada Eucaristía.

Siendo muy niño admirábase ya en él una extraordinaria devoción y modestia, cuando hacía el oficio de ángel, cuando ayudaba a misa en las Agustinas de Medina del Campo, causando sumo respeto y veneración en los concurrentes al sagrado templo.

Al llegar aquí, me he de permitir indicar una cierta tristeza que se apodera de mi ánimo, cuando leo las vidas de los santos, escritas por los antiguos historiadores; tristeza que me deja muy lánguido y apagado para proseguir leyendo el curso de la historia. Es que, cuando narran la niñez de los santos, se olvidan de una cosa cuyo recuerdo no puede menos de ser grata a todo pecho cristiano, del día de su primera comunión. Fuera de desear que al lado de las virtudes que los santos siendo niños practicaron y de la esmerada y cristiana educación que de sus padres recibieron, señalaran, con letras de oro, si cabe, ese día memorable en que el hombre, mortal y pequeño, se unió en estrecho y apretado lazo con el Ser inmenso e inmortal.

Lo mismo acontece en la vida de nuestro glorioso Santo. Yo hubiera deseado muchísimo que, al lado de la educación de su madre y de los grandes dones que en ciencia, virtud y austeridad le concedió el Señor desde sus más tiernos años, nos hubieran presentado a este niño acercándose a los pies del Sagrario a recibir a su dulcísimo Jesús para él tan bondadoso, y entonces hubiéramos contemplado a un ángel en humana figura que con la sonrisa en los labios y modestamente recogido, era la admiración y el encanto de los que presenciaban aquel acto; porque si aquel niño, todavía en los albores de la vida, se ejercitaba en tan duras y crueles penitencias para pagar lo que él llamaba culpas y pecados, ¿qué no haría para presentarse puro ante su Dios Sacramentado y re-

cibirlo y guardarlo junto a su pequeño corazón? ¿Y cómo Jesús no colmaría de gracias a aquella alma que, a más de la blancura de su inocencia y pureza, presentaba los rosados colores de la penitencia y martirios de su cuerpo?

Más tarde, entrado ya religioso y siendo Colegial en Salamanca, moraba en una celdilla estrecha y oscura aunque a él no se lo parecía por haber en ella una ventanilla que caía a la iglesia, hacia el Santísimo Sacramento, que eran para los ojos de su viva fe, las mejores y más apacibles vistas del mundo (1). No hay palabras en humano lenguaje para expresar los amorosos suspiros en que abundaría el corazón agradecido de San Juan de la Cruz. Con muchísima frecuencia, durante el estudio, elevaba sus ojos y los tenía quedos en aquella ventana, llamando al Divino Maestro para que iluminara su mente, diciéndole acaso con el ciego del Evangelio: «Domine ut videam» «Señor, haced que vea» o también con los Apóstoles: «Domine, edissere nobis parabolam istam» «Señor, explicadme más claramente esto que encuentra tan sutil mi entendimiento». De aquí que su insigne biógrafo, el inmortal autor del Genio de la Historia, Fr. Jerónimo de San José, haya dejado escritas estas hermosas palabras que compendian a maravilla la vida de estudiante del sublime cantor de la *Noche oscura*: «Si estudiaba para orar, merecía orando luz para el estudio» (2).

Terminados que fueron sus estudios, obligáronle los superiores a ordenarse de sacerdote apesar de su profunda humildad. Para este solemne acto, se aparejó con largas vigiliass de oración, con fervientes deseos, con profunda humildad, con fe muy viva y un encendido amor de Dios (3). En aquellos gratísimos momentos en que por vez primera tenía en sus manos al Señor y Rey de los cielos y tierra Sacramentado, dignándose esta soberana Bondad responder a los ardientes ruegos del devoto misacantano que, entre lágrimas y suspiros, le pedía tuviera siempre de sus manos en esta vida su alma, hizo que oñera en lo interior de su espíritu estas consoladoras palabras: «Yo te concedo lo que me pides».

A partir de esta fecha es imposible enumerar todos los

1 Fr. Jerónimo de San José. Vida de N. P. S. Juan de la Cruz, cap. X.

2 Vida, cap. X.

3 Id., cap. XI.

actos eucarísticos que en su vida registramos. Son tantos, tan sublimes y variados, que realmente merecían un tratado especial en el libro de su vida que fuera como perenne monumento donde las generaciones todas se acercaran para inspirarse en él, en el amor a la Sagrada Eucaristía.

Ya le vemos en Duruelo edificando la celdilla que había de servirle de morada con dos ventanas que dieran al Sagrario, ya en subida oración después de media noche, sin temer el frío y la nieve, haciendo compañía a Jesús Sacramentado, ya también le contemplamos en Avila orando ante el Santísimo Sacramento para volver a la vida a una religiosa difunta de la Encarnación, ora en el Convento del Calvario, orando asimismo en la presencia del Augusto Sacramento, para remediar la necesidad extrema de su Comunidad, ora en Baeza y Caravaca quedando enajenado y suspenso en el Santo Sacrificio de la Misa, ora, finalmente, en la Peñuela apagando el fuego que amenazaba reducir a cenizas el Convento, después de breve oración ante la Sagrada Eucaristía.

Y puesto que he hecho mérito del Convento de la Peñuela, edificado en una aménisima soledad, riquísima en variados y fantásticos paisajes que se prestan para que el espíritu más quietamente se eleve a las alturas de la contemplación, trascendiendo todo esto material y terreno, quiero detenerme a examinar un poco, los últimos años de Nuestro Santo Padre quien, a semejanza del cisne que ve próxima su muerte, cantó más dulcemente sus amores al que, para consuelo nuestro, se oculta y vela bajo las especies sacramentales.

Todas las mañanas, inmediatamente después de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, salía al campo, donde ora paseaba por las calles que robustos álamos formaban, ora se escondía en alguna cueva graciosamente recatada entre el follaje, y allí, oculto a las miradas de los hombres, atendiendo únicamente al soplo del Divino Espíritu que realmente en él moraba,

Se quedaba no sabiendo

Toda ciencia trascendiendo,

Teniendo ya consigo a su adorado Dios, no preguntaría más a las criaturas

Decidme dónde está

Aquel que hermosura y ser os da.

Sino que todas ellas, en dulce unión y armonía ayudaban al Santo a bendecir al Señor: allí el Angel, allí las aves, allí las plantas, allí las flores, allí las fuentes concertaban su lengua cristalina con el manso ruido de los álamos y demás árboles y arbustos suavemente mecidos al oreo apacible del viento.

Aquí en este mismo Convento, consultando con su Amor Sacramentado, dió, como dice el P. Jerónimo de San José, la última mano a los libros que anteriormente había escrito, y se me ofrece que en esta misma dulce soledad de la Peñuela, llegó a escribir aquella incomparable poesía, canto sublime en honor de Dios Sacramentado a quien la fe del alma humilde se goza en conocerlo oculto en los estrechos límites del Sagrario; comienza así:

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche.

En ella, después de hablarnos del origen, belleza y claridad de esa fuente, termina con estas bellísimas palabras:

Aquesta viva fuente que deseo
En este pan de vida yo la veo.

Del Convento de la Peñuela pasó, a petición suya, al de Ubeda, donde a fuerza y poder del amor divino que le consumía, rindió su alma en manos de su Hacedor, y Dios, para mostrar a las generaciones el ardentísimo amor que con El Sacramentado había tenido, permitió en sus reliquias, aquellas gloriosas apariciones eucarísticas, cosa nunca vista, ni oída, ni siquiera leída en historia alguna de los Santos.

Estos son a grandes rasgos los hechos más culminantes de la vida eucarística de este encendido serafín, dejando a pluma más avezada que la mía el trazarlos con mayor fijeza y detención.

Ahora plegue a Dios que del conocimiento que tenemos del amor ardiente que a Jesús Sacramentado profesó toda su vida queden como suspensas nuestras almas y encendidos nuestros corazones para seguir las gloriosas huellas de este encendido Serafín de la Sagrada Eucaristía.

FR. GIL DEL S. C. DE JESUS, C. D.